

# Del sueño a la escritura

*Elizabeth Burgos*

EL ANÁLISIS LITERARIO SUELE INDAGAR EN LA GENEALOGÍA de las obras anteponiendo similitudes de estilo, familiaridades de temas, visiones compartidas o sensibilidades cercanas.

En cuanto a lo formal, es indudable que la factura de la obra de Nivaria Tejera se acerca a la del «nouveau roman», que al liberarse de la anécdota se centra en la expresión de lo diáfano de la experiencia humana: los hechos se deducen, o apenas se delinear, y se impone el sentir de la vivencia. El sufrimiento de la historia, el dolor o el goce irrumpen desde dentro de sí modificando las contingencias exteriores: es una escritura que sobreviene desde adentro y se escribe con el cuerpo y se lee con el cuerpo. En cuanto a lo formal, ¿cómo podría ser de otro modo si toda la obra, tanto narrativa como poética, de Nivaria Tejera está signada por una voluntad de experimentación textual aunada a un empeño incisivo de horadar en la médula del lenguaje para que la palabra haga cuerpo con el cuerpo? El resultado es una peculiar poética de la escritura que exige al lector una vigilancia cercana a la posición activa de la escritura que para la propia Nivaria Tejera es «la exigencia que pone en movimiento la tensión que sostiene la lectura» [que] «en el transcurso llega a convertirse en creación»<sup>1</sup>.

El desarraigo es su país natal, la pérdida de sus puntos de referencia son su único anclaje, pues su estar en el mundo lo percibe como lo haría un cuerpo que se desplaza en el espacio ignorando el invento arbitrario de las fronteras, por conocer, precisamente, su inexistencia. Nivaria Tejera sabe que la frontera es la inmensidad del universo, de allí la sensación de vértigo que experimenta a cada instante en su choque permanente con lo que se suele llamar realidad: esos artefactos que inventa la angustia para disimular la soledad y la sinrazón de la vida. Artefactos que, mediante la escritura, la poeta, sabiamente, va desactivando, con toda la paciencia de quien posee la maestría en el manejo de la palabra.

Es cierto que el mito fundacional de su llegada a la escritura fue la separación dolorosa cuando su padre fue

hecho prisionero al estallar la Guerra Civil, como lo narra en su primera obra, *El barranco*, que sale al público, en París, en 1958. Justo un año antes, en 1957, en la decimoséptima y última lección de las que integran su clásico *Lo cubano en la poesía*, Cintio Vitier decía: «Nivaria Tejera, madurando lejos la promesa de su voz». No podían ser más premonitorias las palabras de Vitier, pues el sino de Nivaria es el de estar siempre lejos madurando su voz.

La obra de Nivaria Tejera trasciende la experiencia, de por sí desgarradora, del exilio, irremediamente convertido en patria, porque existe algo más hondo que nos interpela cuando nos dejamos llevar por su palabra poética y nos percatamos de su disponibilidad ante la dolorosa caída que significa el misterio del nacer. Es cierto que, para Nivaria Tejera, el exilio ha significado un entrenamiento emprendido desde su más tierna infancia. No obstante, de no haberse encontrado en España al estallar la Guerra Civil, y de no haber acaecido el drama del castrismo, su sensibilidad extrema, su manera de vivir husmeando la palabra justa que traduzca el esfuerzo de vivir, la hubiesen conducido, irremediamente, ante su realidad intrínseca, que es la de doblegarse al hallazgo del poema, aceptando ser depositaria y portavoz de lo simplemente humano. Nacimiento y exilio son sinónimos, según las palabras de Peter Sloterdijk, para quien nacer significa perder el único lugar en el mundo que posee el carácter de un espacio propio, de un país natal. El nacimiento se da como la promesa de un mundo, pero esa promesa posee en sí misma la fuerza que tiende a su incumplimiento y lo que se logra se debe al esfuerzo, a la pena del sufrir: todo nacimiento, según Sloterdijk, viene acompañado de una caída en el incumplimiento.

Los cataclismos que han marcado la vida de Nivaria Tejera se han ido agregando en el transcurso de su vida como para poner a prueba su capacidad de creación poética. Baudelaire decía que el poeta se introduce como un rey en todos los hospitales y en todos los palacios. El poeta busca la palabra en su memoria, deja que aflore la idea de la muerte como el hecho más real, es capaz de expresar la ambivalencia de la luz solar, de observar la naturaleza ambigua de la vida: sabe que en cualquier parte del mundo, se puede tropezar y caer.

Hasta en el andar de Nivaria Tejera se percibe el deambular zigzagueante de una barca al borde del naufragio. Disfruta con la compañía de los amigos, pero se percibe en ella que una parte de su pensamiento siempre está ocupado en un menester que obedece a otras leyes: seguramente, a la galaxia de su pensamiento poético. Su mirada, inmensa, siempre al acecho del asombro, no disimula su estado permanente de desdoblamiento, de ese entre dos, entre vigilia y duermevela: ese estado de semiconciencia que la mantiene alerta ante toda expresión que la conduzca a la aventura poética. Tanto en su escritura como en su deambular cotidiano, parecería que nunca deja de soñar, de encontrarse en otra parte. Nunca lo hemos hablado, pero me atrevería a afirmar que Nivaria Tejera pertenece al linaje de los escritores para quienes los sueños son también fuente de escritura.

Ese estar y ser en el sueño aparece en el título de *Espero la noche para soñarte, Revolución*<sup>2</sup>. Escrita demasiado pronto como para que alguna editorial, en aquel

entonces, se atreviera a interrumpir el sueño revolucionario cubano: propósito tanto más difícil cuanto que viene envuelto en la ilusión tropical; perversión de la historia disimulada tras la cortina de las palmas reales y la belleza rotunda del Caribe. Cabría ahondar en el misterio de que un derroche de luz tal disimule tanta evidencia. Tal vez, signifique simplemente que sea tanteando en medio de la oscuridad como se percibe con nitidez la anomalía.

¿Relato, ensayo, ficción? Pese a su deambular por espacios y tiempos que permanecen en la bruma de la incertidumbre, las novelas-relatos-ensayos filosóficos de Nivaria Tejera se sitúan claramente en un tiempo histórico definido. De su novela *Sonámbulo del sol*, Nivaria Tejera dice en *Espero la noche...* «que le parece hoy como un delirio premonitorio de la actual dictadura». Comentario que demuestra la multiplicidad de códigos y géneros que encierra esta novela-ensayo-autobiográfico que es *Espero la noche...*, en donde se percibe una clara voluntad de decir, de dar a conocer la quiebra del sueño, que se volvió pesadilla, de la Revolución Cubana. Desea arrojarla fuera de sí, despertar de la pesadilla para «volver a respirar», porque «Cuba, el sueño final de la revolución ya fue soñado» y con él se pone término a las ilusiones, a esos eternos y fallidos sueños que son las revoluciones.

Y se pregunta, ¿cómo escribir ese libro sin que sea una novela? Y, ¿cómo no serlo si todo lo que dejó de ser real entra en el campo de la ficción? Dudar entre novela y otra cosa sugiere que, al comienzo, le afloró el deseo de escribir, tal vez, un ensayo, pues se percibe en ella el propósito no disimulado de ser eficaz: de ocasionar una desilusión activa en aras de clarificar la ceguera de sus congéneres. Pero le «aburren las tramas y los personajes, y lo que la conmueve no cabe en estructuras formales». El género de *Espero la noche...* es el de una novela de la desilusión. Desilusión con la que la autora persigue abrirle los ojos a los intelectuales del país de su exilio, aquellos que la repudiaron y la condenaron por haberse tomado la libertad de serle fiel a su «empresa imaginativa», para que salgan del espejismo de «ese desolador socialismo que reniega la lucidez». Aquí se expresa a plenitud el poeta, ya que la poesía es el único género capaz de sintetizar y dar una visión racional de lo real.

Pese a la urgencia de su deseo de denuncia, Nivaria Tejera no pierde nunca el norte, aunque se trate de narrar los avatares de su angustia al abandonar la Revolución con «sus metas bien calculadas y sus dogmas bien perfilados», porque ella no pierde de vista un instante que su misión primordial es la escritura, y lo que puede y debe decir tiene que hacerlo «apretando el estilo hasta que el lenguaje salte a pedazos y para que salte a pedazos».

Creando lenguaje, desechando conformismos formales, ella procede a interpretar el sueño de la Revolución en los mismos términos en que lo describe Freud en *La interpretación de los sueños*; ambos tratan de encontrar el método de acceso a «las rutas mentales ocultas a la conciencia». El de la Revolución aparece en la versión de Nivaria, como el tipo de esos sueños en los que, según Freud, «surgen aquellos enigmas que no desaparecen hasta que se sustituye el contenido manifiesto por el contenido ideológico latente», lo que se logra «al cabo de una penosa labor para penetrar en la inteligencia de la

versión latente». El de la Revolución sería —ateniéndonos a esa misma clasificación— un sueño que pertenece a la categoría de los sueños que se presentan como «incoherentes, embrollados y faltos de sentido». Son los hilos asociativos de lo soñado los que nos van dando la transmutación de su representación onírica. De todos los contenidos del sueño, parten hilos de asociaciones en varias direcciones: no hay una sola situación que no esté compuesta de dos o más impresiones o sucesos. A la manera de Freud, la autora realiza paso a paso la deconstrucción del sueño revolucionario, desmadejando los hilos, revelando el horror del contenido latente, en todos los momentos y circunstancias, valiéndose de frases cortas, incisivas, demoledoras, que dan la dimensión del horror de la manipulación y de la impostura, como la que revela la poca monta del que ha sido el artífice principal del artefacto: «el Máximo líder se sabe pequeño Máximo de un país de mínima extensión». Un sueño que por ser colectivo atañe a todos los que se adhieren a esa ideología que «no es más que un estado primario de lactancia»; así, los más reacios a abandonar el paraíso revolucionario que visitan como turistas, son los escritores y la comparsa de latinos, los eternamente exiliados en París, husmeando sobre su postura y reprochando a la escritora su deambular liberador por las calles del Barrio Latino.

Existe una genealogía de escritores para quienes el sueño, el acto de soñar, constituye el espacio de la creación que, más allá de los aspectos formales de afinidades, conforma un género. A esos escritores visionarios que extraen del sueño la materia de la creación, pertenece Nivaria Tejera, pues, aunque ella no haya mencionado el espacio que ocupa el sueño en su obra, salvo en el título de *Espero la noche para soñarte*, *Revolución*, y en *Sonámbulo del sol*, se percibe claramente el carácter onírico o sonámbulo de percibir lo real, puesto que nada hay más real, por estar exento de censura, que los sueños. Entre ellos, se destaca el gran maestro del deambular por el sueño en la literatura, Marcel Proust, —uno de sus favoritos como compañero de lecturas, que, junto a Kafka, Joyce, Rilke, Musil, Dostoievski, Melville, Dante, Hermann Broch, Beckett, Borges han «operado cambios en su mundo interior».

En el sueño de la Revolución, el sufrimiento del autor, gestado por la dictadura, aflora como un delirio alucinatorio. Sueña despierta; su ensoñación la conduce a través de espacios y de temporalidades diversas. El inconsciente desconoce la temporalidad y la cronología.

Memoria individual, torturada, que opera como médium de la memoria colectiva.

Vidente y visionaria, la ficción, lo irreal de la «revolución» se le volvió insostenible. El poeta no soporta la impostura de la transposición de lo real en irrealdad.

Queda demostrada la andadura poética de Nivaria Tejera: aboliendo fronteras y pertenencias nacionales. Más allá del aspecto formal, existe en ella una alquimia propia que la conduce por sendas inéditas: las de su propia manera de mirar, de percibir, de mantenerse en comunión con el tiempo despiadado y trágico de la historia en donde las temporalidades y las temáticas se superponen.

En cuanto a su contenido testimonial, *Espero la noche...* es una de las obras que ha ido más lejos en la deconstrucción del régimen, revelando sus intersticios más recónditos y su ensañamiento perverso en su empeño por doblegar la voluntad.

En la última escena de *Espero la noche...* percibimos a Nivaria Tejera —ya habiendo madurado su voz desde lo lejos como lo predijera Cintio Vitier—, poseída por la alucinación del río Sena, haciendo cuerpo con la fascinación de hundirse en los abismos de las aguas, tal vez animada por el deseo de regresar a su primer hábitat acuático y abolir, así, la caída del país natal y cancelar el exilio.

**1** Entrevista realizada por Carlos Espinosa Domínguez, publicada en *Encuentro en la Red*, año III. Edición 520.

**2** Escrita en los años 80, no fue hasta 1997 que se publicó en París, en la editorial L'Harmattan, traducida por François Vallée, y, en castellano, en Ediciones Universal (2002).



Ícaro.  
Óleo sobre lienzo, 200 x 150 cm., 1994.